

¡PINCHES JIPIS!

Copía no venal

Cópia no venal

JORDI SOLER

¡PINCHES JIPIS!

UN CASO PARA EL
COMANDANTE CONEJERO

Copía no venal

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

«¡Pinches jipis! Todo el día en el
peace and love mientras yo estoy aquí
esperando el siguiente cadáver.»

EMILIANO CONEJERO

Copía no venal

—Por aquí, por favor, comandante Conejero —decía el guardia con una reverencia propia de quien se dirige al héroe que va a salvarlo.

Caminaban por un pasillo monótono donde no había más que puertas y del techo caía una luz desahogada.

Conejero iba molesto. El jefe de la policía lo había sacado de una cena íntima con Julia Gis, lo había llamado por teléfono para pedirle que se acercara a ver en persona aquella atrocidad sin importarle que fuera casi medianoche.

—Siempre he querido conocerlo, es usted una leyenda —soltó el guardia con una sonrisa ambigua.

—La gente dice muchas pendejadas, amigo mío —respondió el comandante Conejero mientras se preguntaba cuántos pasillos más tendría que recorrer siguiendo a aquel muchacho que, cada tantos metros, se volteaba a mirarlo con unos ojillos repelentes, buscando un comentario de su héroe o siquiera una sonrisa de aprobación.

Era un joven ancho, vestido de azul oscuro, que sudaba a mares y a cada paso hacía tinti-

near el manajo de llaves que le colgaba del cinturón.

—No te tuerzas tanto, que vas a dar un traspié y voy a tener que levantarte del suelo —le dijo el comandante Conejero.

La luz violenta que caía de las lámparas del techo, combinada con el efecto de los whiskys que acababa de beberse en el restaurante, le daban a esa caminata por las tripas del edificio un aura de irrealidad; las líneas perdían definición y los contornos se volvían acuosos, como los de esos cuerpos que tiemblan a lo lejos a la hora de la canícula.

—Ya vamos llegando —dijo el guardia, y la información produjo cierto alivio en el comandante, que hacía esa tortuosa caminata pensando con desesperación en Julia Gis, que debía estar cenando sola frente a la silla que él había dejado vacía.

Era una cena que con mucho esfuerzo había logrado acomodar en su desastrosa agenda, siempre llena de casos por resolver. Una agenda caótica e inconexa que, sin embargo, funcionaba como un reloj suizo y que desde hacía una semana se había complicado con el caso del psicópata de la media azul de nailon.

—Aquí es —dijo el guardia señalando una cabina de radio y haciéndose a un lado para que el

comandante entrara y viese por sí mismo lo que había, porque él ya no tenía estómago para contemplar una vez más aquella escena sobrecogedora.

Conejero miró al guardia con tedio. ¿Cómo podía proteger a alguien un individuo tan cobarde? Desde cierta óptica, pensando en su flagrante inutilidad, ese idiota reunía suficientes cualidades para ser cómplice del crimen.

—¿No hay cámaras de seguridad en el edificio? —preguntó, extrañado, el comandante.

—Hay una en la entrada, pero el asesino la desactivó echándole un trapo encima.

La cabina estaba oscura, apenas iluminada por la luz tenue que salía de la mesa de controles y por una lámpara mínima que había junto al micrófono y que arrojaba su pequeño haz sobre una libreta de hojas amarillas. Conejero entornó los ojos en la penumbra y al cabo de unos segundos distinguió el cuerpo de un hombre desparramado en el suelo al lado de una silla. Una sola mirada le bastó para comprender la magnitud del crimen. Era un homicidio de autor, del mismo individuo que, una semana antes, había estrangulado a una mujer, con una media de nailon azul, y que había causado un gran revuelo mediático.

—¿Qué le parece? —preguntó el guardia con

voz trémula, parapetado detrás de la puerta y asomando apenas la cabeza.

—Divino —respondió Conejero con sarcasmo mientras trataba de bosquejar un primer balance del asesinato, una hipótesis veloz, una cábala basada en la corazonada que al final, cuando se encontrara cerca de la solución y todo estuviera empantanado entre datos, confesiones y pruebas, le serviría para refrescar su propia óptica del caso.

Se acercó al cadáver. Las ráfagas de luz que salían de los faros de los automóviles que circulaban por la avenida se metían por el enorme ventanal, y algunas relumbraban en las cuencas vacías del muerto. Un detalle que ya esperaba porque ese asesino tenía la costumbre de sacar los ojos a sus víctimas con una cucharilla de café, que luego dejaba ahí, como la primera cifra de la ecuación que el comandante tendría que despejar.

—Es el locutor del noticiario nocturno —informó el guardia, todavía agazapado, con la frente empapada de un sudor nervioso que la intensa luz del pasillo volvía resplandeciente.

—Ya lo sé —dijo Conejero, y después preguntó—: ¿Había alguien más?

El guardia dijo que no, que sus ayudantes se habían ido al terminar el noticiario y que él se había quedado en la cabina.

El comandante estudiaba la escena en la oscuridad, no quería alterar los elementos; ya habría tiempo para iluminar el cadáver, pero antes quería vibrar unos minutos con él, establecer un canal de empatía para ver si por ahí se colaba alguna revelación.

Visto desde fuera de la cabina, Conejero reproducía la estampa clásica del detective; con su sombrero y su gabardina, parecía un personaje neoyorquino de los años cuarenta, pero estaba en la Ciudad de México, ya bien entrado el siglo XXI.

«Un policía a la antigua», pensó el guardia, y de inmediato, como si alguien lo estuviera oyendo, se dijo: «Pero una leyenda, desde luego».

Después de guardar la cucharilla de café en el sobre de una factura de la luz que llevaba en el bolsillo de la camisa, Emiliano Conejero se palpó la gabardina y echó mano de su nalguera de whisky: un botellín plano que llevaba a todas partes con la idea de ordenar, con un par de tragos largos, el tumultuoso flujo de sus pensamientos. Luego regresó la nalguera al bolsillo, cogió la lamparita que estaba junto al micrófono y se agachó para examinar con ésta el cadáver.

Apuntó la luz a la cara de la víctima para ver con precisión los detalles, las cuencas recientemente escarbadas, para confirmar lo que ya

sospechaba, lo que ya había visto hacía unos días en aquella mujer estrangulada. El locutor yacía despatarrado con una media azul de nailon en torno al cuello y en la boca un amasijo que no había alcanzado a tragarse, porque se lo habían metido ahí cuando ya estaba muerto. Metió los dedos y, tras un breve forcejeo, le sacó de la boca, igual que había hecho con aquella mujer, los dos globos oculares.

—El mismo artista —dijo con los ojos del cadáver en la palma de la mano.

»Y tú ni viste ni oíste nada, ¿no? —preguntó Conejero al guardia, que en ese momento miraba con repulsión cómo el comandante dejaba los ojos del muerto sobre la libreta de hojas amarillas que había encima del escritorio y después subía un pie a la silla para limpiarse con el calcetín la porquería que le habían dejado los ojos en la mano.

—Nada, mi comandante —respondió el guardia sobreponiéndose al asco y adentrándose temerosamente en la cabina con un papel que sostenía con cuidado con dos dedos como si llevara un langostino cogido por los bigotes.

—¿Qué traes? —preguntó Conejero, mosqueado.

—Estaba tirado en el suelo —dijo el guardia sacudiendo ligeramente la hoja de papel.

El comandante acercó el papel a la lámpara, que seguía al lado del cadáver. «Mañana habrá otro», decía en letras grandes cuidadosamente trazadas con un bolígrafo vulgar de tinta azul.

—Esto sí que es una novedad —murmuró.

Y se quedó ahí con la hoja en la mano, agachado junto al fiambre, mirándole las órbitas despobladas que, en ese momento, le parecieron la metáfora del caso: había dos agujeros oscuros ahí por donde antes entraba la luz.

Durante los últimos días ese locutor, alentado por Tito Brito, que era su jefe y la estrella de la radiodifusora, había dedicado su noticiario al psicópata de la media azul, Conejero lo sabía porque llevaba el caso y su equipo monitoreaba los medios que se ocupaban del misterioso asesino, en especial la estación de Brito. ¿Por qué matarlo a él? ¿No era la celebridad mediática el objetivo de todo asesino de altos vuelos que quiere difundir su obra?